

Alfonso Bulnes

## Viejos destinos

RODRIGO DE ORGOÑOS



RECORDABAN los vecinos de Oropesa, la villa de su nacimiento, haberle visto mozo, jinete en un macho y camino al colmenar de su abuelo Rodrigo de Dueñas; le iría zumbando una ronda de abejas, cargadas del polen de la serranía.

Recordaban haberle visto otras veces llevando a espaldas o en los brazos cueros curtidos, que su padre encargaba a la tenería para atender las demandas de la clientela.

Llamábanle entonces Rodriguillo, Rodriguillo Jiménez, y todos sabían que era el hijo legítimo de Alonso Jiménez, el zapatero judío de Oropesa, y de Beatriz de Dueñas, nacido por los años 1505.

Y ahora, ¿a quién echarle la culpa? ¿A los agujones agresivos del colmenar, o a las herramientas punzantes del zapatero? Ello es que a poco riñó con el boticario de la villa, y en la impremeditación de adolescente, le dió de cuchilladas.

Huyó Rodriguillo a Talavera después de la fechoría, pero andando el tiempo, volvió a encontrarse allá con el boticario; miróle el rostro, lo entrevió ceñudo, y sin más que una frase de comprobación: —«No me queréis perdonar, ni ser mi amigo», sacó la espada incontenible y acuchilló nuevamente al infeliz.

Había cerca una iglesia, en ella buscó asilo; pero si adentro era inviolable, le parecía a Rodriguillo escuchar por fuera los pasos del boticario; entonces, cayendo en que no fué suficiente cederle la villa natal por la primera agresión, resolvió cederle por esta segunda toda España.

Meditando, debió ver en estos lances indicios de vocación, y partió a Italia a tomar plaza de soldado en la guerra. Los ejércitos españoles luchaban entonces en Italia con las huestes de Francisco I, capitaneadas por el terrible Mariscal Lautrec, y si en la guerra veía ocasión Rodrigo de proezas más altas que las dos embestidas al boticario, no era de desdeñar tampoco la oportunidad de lucro que brindaban los saqueos usuales de las ricas ciudades.

Tras ocho años de hechos brillantes,—encerrado en Pavia al tiempo que la sitiaba el rey francés, tomando lenguas en las noches de los centinelas de «Mosyor della Utreque», y testigo del amargo cautiverio final del Rey Francisco—volvió el mancebo a España, en romería ante la santa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe y en visita a la villa de nacimiento. Traía en su equipaje caballos, preseas, mucho

dinero y, según cuenta un testigo, un copón de metal desconocido y del cual recordaba muy bien «el bebedor dorado», que Rodrigo quiso obsequiar al Conde de Oropesa y que éste rechazaba arguyendo que «venían descomulgados los que traían algo de Roma».

La vocación le tiró de nuevo a Italia, pero en el momento de embarcarse, riñó con Andrés López Buenos Vinos; antes se le iba la espada de las manos; ahora se le soltó de la boca la blasfemia: «Mal a Dios Nuestro Señor». No había tal vez iglesia cerca, como antaño, y era huésped permanente de toda iglesia el ofendido; cayó por esto en poder de la justicia y fué metido a la cárcel.

Allí le pesó la sangre paterna; en la causa derivada de la riña con López Buenos Vinos, oyó que proferían en la Audiencia de Granada que «un hijo de un judío... , había de afrontar a los hijos de los buenos».

Por fortuna, tenía cambiado en Italia su apellido paterno por el de Orgoños, y ahora, desde la cárcel, despachó misiva a Juan de Orgoños, su coterráneo de Oropesa, pidiéndole que le tuviese por hijo. Para hacerle más llana la función, le envió dineros con que comprarse ropas, caballos y accesorios que usan los hombres de bien y que pudiesen acreditar a ambos de hijodalgos en Granada. Orgoños halló sensata la propuesta, y como tal hijodalgo y padre de Rodrigo, se presentó en la Audiencia; le acompañaba su hijo Pero

de Orgoños, caballeros ambos en sendos caballos adquiridos con la provisión de Rodrigo.

Salió así de la cárcel el blasfemo, y no grababa su conciencia injuria alguna a Alonso Jiménez, pues el pobre zapatero «andaba fuera de términos, adobando caminos, e dejando su oficio... e loco». Si su entendimiento no estaba ya al alcance de ingratitud filial ¿para qué amargarse con reato de injuria?

Nada podía importale tampoco que el padre postizo olvidase más tarde, ya salido Rodrigo de la cárcel, los términos afectuosos que usa la paternidad, y que llegase un día a contestar a alguien que aludía a su hijo Rodrigo: «Vaya para judío puto, que no es mi hijo, ni Dios lo quiera, ni tal es verdad».

\* \* \*

En torno del Mariscal Rodrigo de Orgoños, había otra vez rondas y vuelos, pero no era el zumbido rumoroso de las abejas del colmenar de los Dueñas.

La sierra peruana erguía sus perfiles, más altos y ariscos que las serranías de Toledo entre cuyos repliegues se asentaba la villa de Oropesa.

Había venido a dar a las Indias, y tocóle correr en el Perú la buena y la adversa fortuna de los conquistadores. Llegado de Centro América con los refulzos pedidos por Pizarro, le deparó la suerte reunirse con Almagro en San Mateo y ligarse allí al destino, brillante primero y después fatal, del Adelanta-

do. En premio de sus arrojos en la conquista del Imperio de los Incas, tocóle una porción del mayor rescate que ojos humanos vieron reunido, ese oro de Atahualpa mal habido por las huestes de Pizarro, y que terminó por desatar la contienda fratricida entre los vencedores.

Perdió su parte Orgoños al golpe ciego de naipes, dados y bolos, y le costó no poco rehacer la fortuna que vino a buscar en las Indias. Almagro le brindó una nueva oportunidad brillante, al traerle como su teniente general al descubrimiento de Chile.

La sierra peruana, los anchos desiertos y los nevados inexpugnables de la cordillera chilena le hincharon de ambición juvenil; soñó y pidió gobernación de tierras nuevas; gestionó en España otro arreglo de sus antecedentes de nacimiento, que le permitiera obtener el hábito de la caballería de Santiago; dispersó dádivas con ánimo generoso. Al fin y al cabo, tenía apenas treinta años.

\* \* \*

¿Y ahora...? Defendiendo, contra Pizarro, los derechos de Almagro a la posesión del Cuzco, tomó parte leal por el amigo en todos los encuentros de la guerra, y caído en el campo de batalla de las Salinas, cumpliósese en él la orden de Hernando Pizarro de decapitarle.

Como esas plantas recias de las mesetas que, al cabo de ciertos años, estiran en primavera una alta vara y

abren a su término una flor extraña, sobre una pica clavada en la plaza del Cuzco mandó Hernando Pizarro mostrar la cabeza de Orgoños; fuése amaratando con los mismos tonos cárdenos que el crepúsculo ponía en los cerros vecinos, y un vuelo incesante de cuervos se llevó las carnes del hijo del zapatero judío.